

Castro se inclinó.

—Mañana en el *Orinoco*.

—Esta vez no han mentido los periódicos.

—¿Y cuánto tiempo estará usted ausente?

—«Per omnia sæcula sæculorum».

Leopoldina se admiró. ¡Dejar a Lisboa un hombre tan querido y que tanto podía divertirse.

—¿No es verdad?—dijo a Luisa, para sacarla de su embarazoso silencio.

—Ciertamente—murmuró Luisa.

Estaba sentada en el borde de la silla, asustada y dispuesta a huir.

La insistente mirada de Castro, tras de los lentes la molestaba.

Leopoldina reclinóse en el sofá, y amenazando con el dedo:

—¡Ah! En este viaje a Francia hay de por medio faldas...—dijo.

El lo negó con fatua sonrisa.

Leopoldina no encontraba belleza en las francesas, solamente *chic*, animación...

Castro las declaró adorables, sobre todo para la vida alegre. ¡Ah, las conocía bien! Como madres de familia no decía nada; pero para una cena o un ratito de *can-can*, no había otras. Lo afirmaba convencido, porque, como los burgueses de su calle, juzgaba a doce millones de francesas por seis *divettes* del café-concierto, ¡que le habían costado mucho y fastidiado más!

Leopoldina, lisonjeramente, le llamó seductor.

El, sonriente, contestó atusándose el bigote:

—Calumnias... calumnias.

Leopoldina dijo, volviéndose a Luisa:

—Ha comprado una quinta magnífica en Burdeos, un palacio...

—Una chocita, una chocita.

—¡Y dará fiestas magníficas!

—Tés... modestos tés...—decía él regodeándose. Ambas se rieron falsamente.

Castro se inclinó hacia Luisa.

—Tuve el gusto de ver a usted, hace tiempo, en la calle del Oro...

—Sí, creo que recuerdo...—respondió Luisa.

Y quedaron callados. Leopoldina tosió, se sentó más a la orilla del sofá y dijo sonriendo:

—Pues... le mandé llamar, porque tenemos que decirle una cosa...

Castro se inclinó. *Palpaba* con la mirada a Luisa.

—Esta es la cuestión. Voy derecha y sin preámbulos al asunto...—y sonrió;—mi amiga está en un gran apuro y necesita un *conto* de reis. ¡

Luisa interrumpió con voz casi ahogada:

—Seiscientos mil reis...

—Igual dá—exclamó Leopoldina con opulenta indiferencia—; estamos hablando con un millonario. Esta es la cuestión: ¿puede usted hacerle ese favor?

Castro se incorporó y dijo con tono ambiguo:

—Ciertamente... ciertamente.

Leopoldina se levantó.

—Bueno, me voy: me espera en mi cuarto la costurera. Dejo a ustedes hablar del asunto.

Y desde la puerta dijo a Castro:

—Que sea bajo el interés, ¿eh?

Y se marchó riendo.

Castro se inclinó hacia Luisa y la dijo:

—Pues, señora, yo...

—Leopoldina le ha dicho la verdad; estoy en un gran apuro metálico... y me he dirigido así... Son seiscientos mil reis... que procuraré pagar lo antes posible...

—¡Oh!—dijo Castro con generoso ademán.

Agregó que comprendía perfectamente que todos

tenían sus apuros... y lamentaba no haberlo conocido antes, porque siempre le fué simpática... ¡muy simpática!

Luisa, con los ojos bajos, callaba. El fué á dejar el bastón junto á la jardinera y volvió á sentarse junto á ella. Viendo su turbación, la rogó que no se afligiese. ¡No valía la pena por materia de dinero! El tenía el mayor gusto en servir á una joven tan interesante... Había hecho bien en dirigirse á él. Sabía de señoras que se dirigían á agiotistas que las explotaban y eran indiscretos... Y hablando así, la rogó la mano. Al contacto de aquel apetitoso cutis hervía el deseo, haciéndole dar fuertes resoplidos. Luisa, cohibida, no retiró la mano, y abrazándola Castro, con voz ronca, la prometió "todo, todo cuanto quisiese..." Sus ojos encandilados devoraban el Manquisimo cuello de Luisa.

—Seiscientos mil reis... lo que quiera...

—¿Y cuándo?—preguntó Luisa turbada.

El vió palpar su seno, y ante el torrente de su brutal deseo, exclamó:

—¡Yal!

La cogió por la cintura, la atrajo hacia sí y la dió un beso hambriento: casi la mordió el rostro.

Luisa se levantó de un salto.

Castro la siguió de rodillas, sobre la alfombra, y cogiéndola nerviosamente por el vestido, dijo:

—Le daré lo que quiera... pero siéntese... Hace años que sentía amor por usted... Escúcheme...

Y sus trémulos brazos subían, la envolvían, y al sentir y tocar sus formas le inflamaban más.

Luisa, callada, rechazaba sus manos y se esquivaba.

—¡Cuánto quieras; pero oye!—balbuceaba él, atrayéndola violentamente, en tanto que el brutal apetito le hacía respirar como un toro...

Ella, con un tirón desesperado, desasióse, y acogojada, retrocedió diciendo:

—¡Déjeme usted! ¡Déjeme!

Castro se levantó jadeante, y con los dientes apretados y los ojos muy abiertos, se fué hacia ella.

Ante aquella bestial lujuria, Luisa, indignada, cogió instintivamente el bastón de junto á la jardinera y le propinó un fuerte bastonazo en la mano.

El dolor y la rabia le pusieron furioso.

—¡Con mil demonios!—rugió rechinando los dientes.

Y la acometió; pero Luisa, levantando el brazo y animada por frenética cólera, le dió rápidamente de bastonazos en los hombros, en los brazos... Estaba lívida y sombría; brillaban cruelmente sus ojos y daba de palos con alegría loca en aquella carne fofa...

Castro, asombrado, se defendió débilmente, retrocediendo y ocultando el rostro... De repente tropezó con la jardinera; el quinqué de porcelana cayó rodando al suelo y una gran mancha de aceite se extendió por la alfombra...

—¿Lo ve usted?—dijo Luisa apretando convulsivamente el bastón.

Leopoldina acudió al ruido.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada; estábamos bailando—dijo Luisa, tirando el bastón al suelo y saliendo de la sala.

Castro, lívido de ira, cogió el sombrero y dijo, mirando terriblemente á Leopoldina:

—¡Quedo agradecido! ¡Cuenta usted conmigo para otra vez!

—¿Pero qué ha ocurrido?

—¡Hasta la vista!—rugió Castro.

Recogió el bastón, y moviéndolo amenazador hacia la habitación en que entró Luisa:

—¡Gran hipócrita!—murmuró rencorosamente.  
Y salió dando violentos portazos.

Atónita Leopoldina, encontró a Luisa buscando su sombrero con las manos aun temblorosas, pero con la mirada brillante y satisfecha.

—Me dió no sé qué y le llené la cara de bastonazos—dijo.

Leopoldina, petrificada, la miró.

—¿Le has pegado?—Y comenzó a reir de pronto—. ¡Castro el banquero, el de los lentes, cubierto de palos! ¡Llevar Castro una paliza!

Arrojóse sobre la «chaise-longue», sofocada de risa.

—¡Castro el seductor! ¡Venir a casa de una amiga con seiscientos mil reis, y salir con una tanda de palos... y con su propio bastón! ¡Vamos, si el caso es para reventar de risa!...

—Lo peor ha sido lo del quinqué—dijo Luisa. Leopoldina se levantó de un salto.

—¡El aceite! ¡Qué agüero tan fatal!

Corrió a la sala y Luisa se halló delante de la obscura mancha, con los brazos cruzados, pálida, como si vislumbrase catástrofes próximas.

—¡Qué mal agüero, Dios mío!

—Echa sal en seguida.

—¿Es bueno?

—Deshace el agüero.

Leopoldina corrió, trajo sal y vertiéndola de rodillas, exclamó:

—¡Ay! Permita Nuestra Señora que no suceda nada malo! Pero, ¡qué ocurrencia, vamos, qué ocurrencia!... ¿Y ahora, niña?

Luisa se encogió de hombros.

—Ahora, ya lo sé... ¡Sufrir!

## XIII

Aquella misma semana, sin recordar Jorge que era día de fiesta, encontró una mañana cerrada la oficina y volvió a casa a las doce. Juana hablaba en la puerta con la vieja que iba a vender huevos; la puerta de arriba estaba abierta, y así, entrando desapercibido, sorprendió a Juliana reclinada en la *chaiselongue* leyendo el periódico tranquilamente.

Al verle balbuceó:

—Tengo disculpa, señor. Me ha dado una palpitación tan fuerte...

—Tan fuerte que se puso a leer el periódico, ¿eh?—dijo Jorge apretando instintivamente el bastón—. ¿Dónde está la señora?

—Debe estar en el comedor—dijo Juliana poniéndose a barrer.

Luisa no estaba en el comedor. Jorge la halló en el cuarto de plancha, despeinada, en *negligé* de mañana, trabajando muy afanada y triste.

—¿Pero, estás planchando?—exclamó.

Luisa enrojeció y dejó la plancha. Como Juliana estaba enferma y se había juntado una carga de ropa...

—Vamos á ver... ¿quién es aquí el ama y quién la criada?

Su áspera voz hizo palidecer á Luisa, que murmuró:

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que te encuentro planchando y á ella muy descansada en tu silla leyendo un periódico.

Luisa, atosigada se puso á revolver, doblar y sacudir ropa con manos trémulas.

—No puedes figurarte el quehacer que hay... La limpieza, el servicio... el planchado y esa infeliz delicada...

—¡Pues si está delicada que se vaya al Hospital!

—No, en eso no tienes razón.

—¡Estas condescendencias tienen que acabar!—dijo Jorge muy enfadado.—Que ese estafermo se dé buena vida, prospere en mi casa, se estire en mis sillas y se pasee y que tú la hagas el trabajo y la defiendas... ¡No! Es preciso concluir con eso. ¡Siempre disculpas y más disculpas! ¡Que se vaya al Hospital ó al diablo!

Luisa rompió en llanto y sollozos.

—¡Bueno! Ahora lloras... ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

Luisa no respondió.

—Pero hija, ¿por qué ese llanto?—preguntó con ternura impaciente.

—¿Por qué me hablas así?—contestó limpiándose los ojos.—Sabes que estoy enferma y nerviosa y me tratas mal... Sólo sabes decirme cosas desagradables...

—¡Cosas desagradables! Pero, hija, si no te he dicho nada desagradable!...—dijo abrazándola conovido.

Luisa se desasíó y con voz entrecortada dijo:

—¿Es crimen planchar? ¿Te enfadas porque trabajo y arreglo mis cosas? ¿Preferirías que fuese desarreglada? Esa mujer está enferma y si yo no ayudo, se queda todo sin hacer... ¡Y tú hablas sólo para disgustarme!

—No digas tonterías; es que no quiero que te canses.

—¿Por qué entonces me dices que la tengo miedo?—dijo volviendo á llorar.—¿Miedo de qué? ¿Por qué? ¡Qué despropósito!

—Bueno, pues no lo digo, no se hable más del asunto... pero no llores, vaya, ¡se acabó!

La besó y pasándole el brazo por la cintura la dijo dulcemente:

—Vaya, deja ahora la plancha. Ven... ¡qué niña eres!

Por bondad, por consideración á los nervios de Luisa, Jorge no habló en algunos días de "la pobre mujer". Pero no se olvidaba de ella; aquel estafermo con un pie en la sepultura le irritaba. Desde que sorprendió aquellos refinamientos lujosos en su cuarto la noche del desmayo, la ridícula bondad de Luisa... todo era extraño é irritante. Como estaba fuera todo el día y delante de él Juliana sólo tenía sonrisas para Luisa, creyó que había sabido hacerse por las intimidades de ama y criada, necesaria y querida. Aquello aumentaba su antipatía hacia ella, que no se tomaba el trabajo de disimular.

Luisa temblaba al verle seguir á Juliana con mirada rencorosa. Pero lo que más la hacía sufrir, era la manera adoptada por Jorge para hablar de ella con irónica veneración: la llamaba "la ilustre doña Juliana", "mi dueña y señora...". Si faltaba un vaso ó una copa, fingía aterrarse. "¡Cómo! ¿Doña Juliana se ha olvidado?... ¡Una persona tan perfecta! Y tenía chistes que helaban de espanto á Luisa.

— ¿A qué sabía el filtro que te dió? ¿Era bueno?

Desde entonces, delante de él, no se atrevió á hablar á Juliana de manera natural; temía las sonri-

sas y los apartes de doble sentido. «Anda... dála un beso... se te conoce en la cara que estás deseando dárselo...» Recelando las sospechas de él y queriendo mostrarse «independiente», comenzó a hablar a Juliana con brusca sequedad afectada, delante de él, y al pedirla agua o un cuchillo, daba a la voz inflexiones de rencor.

Juliana, muy ladina, se puso en seguida al cabo de la calle y soportaba aquello en silencio. Quería evitar toda cuestión que perturbase su reposo. Sentíase muy mal, y las noches que no podía dormir por sus ahogos asmáticos, pensaba con terror a dónde iría si fuese despedida de aquella casa. ¡Al hospital! Tenía miedo a Jorge por esto.

—El se parece por cogerme en algún desliz grave y sacudirse de mí—decía a la tía Victoria—, pero no le he de dar gusto a ese buey manso.

Asombrada Luisa, la vió poco a poco recomenzar a hacer el servicio aparentemente con celo; pero a veces no podía, vencida por la enfermedad; tenía flatos que la hacían caer en una silla, arqueándose con las manos en el corazón. Pero se rehacía. En una ocasión, viendo que Luisa limpiaba las consolas de la sala con un plumero, se enfadó.

—¿Hace el favor la señora de no meterse en mis servicios? Aun puedo, aun no estoy en la sepultura.

Entretanto se consolaba con regalitos de golosinas. Durante todo el día picoteaba sopitas, croquetas y «puddings» de batata. Tenía en su cuarto gelatina y vino de Oporto y ciertos días hasta quería caldos de gallina por la noche.

—Con mi cuerpo lo pago—decía a Juana—; ya que trabajo como una negra, me aprovecho.

Un día, sin embargo, Jorge enfadóse más que de costumbre con la figura amarillenta de Juliana. Estaba nervioso por haber encontrado por la noche el

jarro vacío y el tocador sin toalla, y esto le irritó extraordinariamente.

—No estoy por consentir estos descuidos—gritó.

Luisa acudió á disculpar á Juliana.

Jorge mordiose el labio, se inclinó profundamente y exclamó con voz trémula:

—Perdón, no recordaba que la persona de Juliana es sagrada. Voy yo mismo á buscar el agua.

Luisa á su vez se disgustó. ¡Si habían de estar chocando á cada paso, mejor era despedir de una vez á la criada! ¿Creía él por ventura que estaba apasionada por Juliana? Si la conservaba era por ser buena sirvienta. Pero si por su causa había de haber entre ellos cuestiones, que se fuese. Era un martirio aquella ironía constante.

Jorge no dijo nada.

Aquella noche Luisa no pudo dormir, reflexionando en que aquello no podía prolongarse.

—¿Qué tienes?—preguntó Jorge medio dormido sintiéndola moverse.

—Estoy desvelada.

—¡Pobrecilla! Cuenta ciento sesenta al revés...

Y se envolvió cómodamente en la ropa.

Al día siguiente se levantó Jorge temprano. Estaba citado con Alonso, el español explotador de minas, para comer en "Gibraltar Restaurant".

Después de vestirse fué al comedor; eran las diez y volvió á decir á Luisa, haciendo una profunda cortesía y espaciando las palabras, ¡que no estaba puesta la mesa, que las tazas de té del día anterior estaban aun sin fregar y que la señora doña Juliana se había ido á dar un paseíto!...

—La dije anoche que fuese á casa del zapatero—comenzó á decir Luisa que se estaba poniendo la bata.

—¡Ah! ¡Perdón!...—interrumpió Jorge ceremonio-

samente—me olvidé que se trata de Juliana, tu dueña y señora... ¡Perdón!

Luisa replicó:

—Pero si tienes razón... Verás... Es preciso que..

Subió á escape á la cocina, desesperada.

—Juana... ¿porqué no ha puesto usted la mesa si ha salido la otra?

La muchacha no había oído salir á la señora Juliana. Pensaba que estaba en la sala. ¡Como ahora todo lo quería hacer!

Cuando Juana sirvió á poco el almuerzo, Jorge se sentó á la mesa retorciéndose el bigote nerviosamente. Se levantó dos veces con muda sonrisa para buscar una cuchara y el azucarero. Luisa vió los músculos de su cara contraídos y se atragantaba al verle, sin poder comer; la cuchara temblaba en su mano; miraba á Jorge á hurtadillas y su silencio la hacía sufrir.

—Dijiste ayer que hoy comías fuera...

—Sí—dijo secamente, añadiendo:— ¡Gracias á Dios!

—¡Estás de buen humor!—murmuró Luisa.

—¡Ya lo ves!

Luisa palideció y tomó el periódico para ocultar unas lágrimas que temblaban en sus párpados; pero las letras giraban y sentía angustia en el corazón. De pronto llamaron. ¡Era Juliana seguramente!

Jorge se levantó.

—Debe ser esa señora... Voy á decirla dos palabras...

Y se quedó en pié, junto á la mesa, afilando lentamente un cuchillo.

Luisa se levantó temblando.

—Voy á decirla...

Jorge la cogió tranquilamente del brazo.

—No... Permítame... ¡Déjame gozar!...  
Luisa cayó en la silla, muy pálida.  
Los tacones de Juliana resonaron en el pasillo.  
Jorge afilaba tranquilamente un mondadientes.

Luisa se volvió a él, y juntando las manos, dijo afligida:

—No la digas nada.

El la miró asombrado.

—¿Por qué?

Juliana abrió la puerta.

—¿Qué descuido es éste de irse y dejarlo todo sin arreglar?—dijo Luisa levantándose.

Juliana, que llegaba sonriente, se paró en la puerta, petrificada; a pesar de su color amarillo, un golpe de sangre coloreó sus mejillas.

—¡Que no vuelva a suceder otra vez! ¿Oye usted? Su obligación es estar en casa por la mañana...

La mirada de Juliana clavándose terriblemente en Luisa, la hizo callar. Tomó el jarro con las trémulas manos y dijo:

—Ponga usted agua aquí... ¡vivo!

Juliana no se movió.

—¿Ha oído usted?—gritó de repente Jorge dando un puñetazo sobre la mesa que hizo saltar los platos.

—¡Jorge!—exclamó Luisa cogiéndole del brazo.

—¡A la calle!—siguió Jorge—. ¡Hazle su cuenta y que se vaya! ¡Ya estoy harto y no aguanto más! ¡Si la vuelvo a ver, la deshago! ¡Basta ya! ¡Me llegó a mí la vez!

Fué por su abrigo, muy indignado, y dijo antes de salir:

—Que se vaya ahora mismo, ¿oyes? ¡Ni una hora más! Hace quince días que la tengo atrapada aquí... ¡A la calle!

Luisa se metió en su cuarto. ¡Estaba perdida!

Multitud de ideas se arremolinaban en su cerebro como un montón de hojas secas que sacude el viento. Quería huir y arrojarse al río aquella noche. Se arrepentía de no haberse entregado a Castro... De repente se figuró a Jorge abriendo las cartas que le entregaba Juliana y leyendo: «Mi adorado Basilio». Corrió al cuarto de Juliana a suplicarla que la perdonase, que se quedase y no la diese martirio... ¿Y Jorge? Le diría que Juliana lloró y se arrodilló... Le mentiría, le llenaría de besos... Era joven, hermosa y apasionada, y le convencería...

Juliana no estaba en su cuarto. Subió a la cocina. Allí estaba, sentada, con los ojos llameantes, los brazos cruzados nerviosamente, con rabia muerta en el rostro. Apenas vió a Luisa, se levantó de un salto, y mostrándole el puño, chilló:

—¡La primera vez que vuelva usted a hablarme como hoy, va a ir aquí todo de cabeza!

—¡Cállese usted, infame!—gritó Luisa.

—¡Usted me manda callar! ¡Usted, so p...!—Y lo dijo.

Juana corrió y la dió en pleno rostro tal bofetada, que la hizo caer de rodillas.

—¡Pero, mujer!—gritó Luisa asustada, cogiendo por los brazos a Juana.

Juliana huyó aterrada.

—¡Ay, Juana, qué desgracia y qué escándalo!—

dijo Luisa apretándose la cabeza con las manos.

—¡La reviento! — decía Juana apretando los dientes y moviendo los brazos—, ¡la reviento! Luisa daba maquinalmente vueltas a la mesa de la cocina, pálida como la cal y repitiendo toda temblorosa:

—¡Qué ha hecho usted, mujer!

Juana, hirviendo de cólera, roja, movía furiosamente las trébedes.

... dice una sola palabra esa sinvergüenza  
la acabó!

Luisa bajó á su cuarto. En el pasillo le salió al encuentro Juliana con la cara entrapajada y encendida.

—¡O esa desvergonzada se vá de aquí—gritó—ó me pongo en el portal, y cuando venga el señor se lo cuento todol...

—¡Pues, cuénteselo usted y haga lo que quiera!—dijo Luisa pasando sin mirarla.

¡Fuera aquella desesperación y aquel odio, y acabar de una vez!

Sintió como un doloroso alivio al ver el fin de su largo martirio. Hacía meses que duraba y no valía la pena de combatir por una vida tan vil. El convento sería purificarse, y morir, purificarse aun más... Y ¿dónde estaba él, el hombre causa de su desdicha? En Paris, atusándose el bigote, bromeando, domando sus caballos, durmiendo con otras! Y ella agonizaba allí estúpidamente! Y cuando le escribió pidiendo que la salvase, ni una palabra en respuesta, no juzgándola digna de gastarse el importe de un sello de correos! Y decía en las tierras de Balvara, en aquel cupé:—Daría toda su vida por vivir á la sombra de sus vestidos! ¡Infame! ¡Tal vez tenía ya en el bolsillo el billete del viaje! Mientras era mujer alegre todo iba bien; pero, sufría, lloraba... ¡ah, no; eso no! Eres un animal hermoso, que me proporcionas placeres y goces... ¡Bueno, todo lo que quieras! Pero te vuelves una criatura acongojada, que necesita consuelos y unos cuantos cientos de miles de *reis*... ¡entonces, buenas noches; ne voy al vapor, que espera! ¡Ah, que estúpida era a vida! ¡Con que gusto la dejaría!

Se recostó en la ventana. Estaba el día azulado y suave. El sol arrojaba su luz dorada sobre las pare-

des y el piso de la calle. Había en el ambiente suavidad reposada. El señor Paula, con sus zapatillas de alfombra estaba en la puerta del estanco. Mecida por aquel suave aire invernal, se conmovió. Todos eran felices en aquella hermosa mañana: sólo ella, ¡infeliz!, sufría. Se quedó ensimismada con vaga melancolía, con una lágrima en los párpados. De repente vió á Juliana atravesar la calle, doblar la esquina y volver á poco con un robusto gallego que llevaba un saco al hombro.

—¡Se va!—pensó Luisa. ¡Se llevaba sus baules! ¿Y luego? ¿Mandaría las cartas á Jorge, ó se las daría en el portal?

Se aterró. ¡No quería perder á su marido, su Jorge, su amor, su casa, todo! Apoderóse de ella la rebelión contra la viudez... ¡Meterse en un convento á los veinticinco años! ¡No, imposible!

Se fué al cuarto de Juliana.

Sobre la cama estaba la ropa blanca esparcida; por el suelo, botinas envueltas en periódicos viejos.

—¿Viene usted á ver si me llevo algo?—dijo la otra furiosa.—Aun me dejo aquí cuatro camisas, dos pares de calcetines, tres de medias y seis puños en la colada. Ahí está el lío. ¡Quiero mi cuenta!

—Escuche usted, Juliana: no se vaya.

Y la voz, al decirlo, se le ahogó en la garganta, saltándole las lágrimas.

Juliana la miró altiva y triunfante, con una botina en cada mano.

—¡Con echar á esa desvergonzada á la calle, se acaba todol—dijo con su voz aguda. Y añadió sacudiendo el polvo de las botinas:—¡Quedaré todo como antes, en paz y en gracia de Dios!

Extraordinaria alegría encendía su mirada. ¡Se vengaba, hacía llorar al ama, echaba á la otra, y no perdía sus comodidades!

—¡Que se vaya esa grosera; que se vaya!

Luisa subió lentamente á la cocina; los escalones la parecían inmensos, inacabables. Dejóse caer en un taburete, y dijo, limpiándose los ojos:

—Juana, escuche usted... No puede usted continuar en la casa.

La chica la miró espantada.

—Lo que me dijo Juliana fué en un pronto. Ha llorado y se ha arrepentido. Es la criada más antigua, y el señor la quiere mucho...

—Entonces, ¿me despide la señora? ¿Me despide?

Luisa insistió en voz baja, avergonzada:

—Fué un pronto. Me ha pedido perdón...

—¡Y todo por defender á la señora!—exclamó afligida la muchacha, abriendo mucho los ojos.

Luisa comprendió la indignidad; pero dijo impaciente por acabar pronto:

—Bien, Juana, no hablemos más. Yo soy el ama. Voy á hacerla su cuenta.

—¡Vaya un pago!—Y añadió resueltamente, dando con el pie en el suelo:—¡Pues se lo diré al señor, sí, se lo diré! ¡Le contaré todo lo que ha pasado! ¡La señora no tiene razón!

Luisa la miraba callada. ¡Ahora, de aquélla, de la muchacha obediente, vendría el desastrel

—¡Qué castigo, Dios mío, qué castigo!

Y de pronto, en su desvario, cogió á Juana por los brazos, y la dijo junto al oído:

—¡Váyase, por amor de Dios, Juana! ¡No diga usted nada, por Dios!

Y perdiendo todo respeto propio, cayó de rodillas ante la cocinera, sollozando:

—¡Por las llagas de Cristo, Juana mía, váyase usted! ¡Váyase usted pronto, por Dios, Juana de mi alma!

La muchacha, asombrada, rompió á llorar.

—¡Me voy, sí, ama mía! ¡Me irá!...

—¡Sí, Juana, sí! La daré algo... ¡Ya ve usted!... Pero no lllore usted... Espere.

Bajó corriendo á su cuarto, sacó de la gaveta dos libras esterlinas de sus ahorros, y subiendo á escape las escaleras, se las puso en la mano, diciéndola bajo:

—¡Hágase usted un corpiño, y mañana le mandaré el baúl!

—¡Sí, —decía la otra sollozando.—¡Sí, señorita de mi alma!

Luisa fué á caer de bruces sobre su *chaise longue*, llorando, deseando la muerte, pidiendo aterra-da á Dios que se apiadase de ella.

La voz áspera de Juliana dijo desde la puerta:

—Conque, ¿en qué quedamos?

—En que se va Juana... ¿Qué más quiere usted?

—Que se vaya ahora—dijo imperiosamente.—La comida la haré yo... por hoy, por supuesto.

El llanto de Luisa se secó de ira.

—Y ahora, oiga la señora.

El tono de Juliana era tan insultante, que Luisa se alzó como azotada por él.

Juliana, altiva y amenazándola con el dedo, la dijo:

—¡La señora ha de andarme derecha; si no, canto! Y volvió á la espalda y se fué taconeando.

Luisa miró deslumbrada, como si un rayo hubiese atravesado el cuarto; pero todo estaba inmóvil; ni un pliegue del cortinaje se movía y los dos pastorcillos de porcelana sonreían pretenciosamente sobre el tocador.

Se quitó la bata, se puso un vestido, sin apretarse el corsé, y encima un abrigo de invierno, y corrió casi toda la calle enredándose en el vestido.

El señor Paula salió al arroyo para seguirla; la

vió entrar en casa de Sebastián y fué á decir á la estancuera:

—¡Hay novedades en casa del ingeniero!

Y quedó en la puerta con los ojos clavados en las abiertas ventanas.

—¿El señor don Sebastián?—preguntó Luisa á la muchachita que salió á abrir la puerta.

—En la sala—dijo la chica.

Luisa subió: se oía el piano. Abrió violentamente la puerta y corriendo hacia él y poniéndose las manos cruzadas sobre el pecho, le dijo con voz ahogada y llena de angustia:

—¡Escribí una carta á un hombre y Juliana me la ha robado! ¡Estoy perdida!

Sebastián se levantó asombrado, pálido; la vió el rostro lloroso, el sombrero casi caído, turbada la mirada.

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—Escribí á mi primo—repitió con los ojos clavados en Sebastián ansiosamente—y esa mujer me robó la carta. ¡Estoy perdida!

Se puso lívida y sus ojos se cerraron.

Sebastián la puso medio desmayada sobre el sofá de damasco amarillo y quedó de pie, más descolorido que ella, con las manos en los bolsillos de su americana azul, inmóvil, embrutecido.

De repente salió, trajo agua y la mojó el rostro. Luisa abrió los ojos; sus manos errantes palparon en derredor; miró asustada y dejándose caer sobre el brazo del sofá con el rostro escondido entre las manos, rompió en un llanto histérico.

Se cayó el sombrero y Sebastián lo cogió, sacudiendo las flores con delicadeza y poniéndolo después sobre la jardinera, volvió de puntillas junto á ella.

—¡Vamos, vamos!—murmuraba tocándola su ve-

mente con sus manos temblorosas como las hojas en el árbol.

Quiso darla agua, que ella rechazó con la mano. Enderezóse lentamente, limpiándose los ojos y respirando entre sollozos.

—Dispéñeme usted, Sebastián—decía.

Bebió un sorbo de agua y dejó caer quebrantada sus manos sobre la falda, mientras sus lágrimas corrían sin cesar. Sebastián cerró la puerta y volviendo á su lado, la dijo con dulzura:

—Pero, vamos... ¿qué es esto?

Luisa levantó hasta él su atribulado rostro, en el que brillaban febriles los ojos; le miró un momento y luego dijo dejando caer la cabeza humildemente:

—¡Una desgracia, Sebastián, una vergüenza!

—¡Vamos, no se desconsuele!

Sentóse cerca de ella y la dijo en voz baja, seriamente:

—Aquí me tiene para todo lo que me necesite y yo pueda.

—¿Sebastián!—exclamó ella en un raptó de reconocimiento.—¡Crea usted que estoy bien castigada! ¡He sufrido mucho, Sebastián!

Calló un momento y cogiéndole fuertemente del brazo, rompió en estas palabras abundantes y rápidas como las burbujas de agua aprisionada que se desborda:

—Me cogió no sé cómo la carta, por un descuido mio y me pidió al principio seiscientos mil reis; luego empezó á martirizarme y hube de darla vestidos, cuanto pidió. Mudó de habitación y se servía de mis sábanas más finas. Ella era la dueña y yo la criada. Todos los días me amenaza, es un monstruo. He empleado todos los medios en balde: buenas palabras, ruegos... ¿Dónde tenía yo ese dinero, no es cierto? Bien lo sabía ella... ¡Lo que he sufrido! Dicen que

estoy más delgada y hasta usted se fijó en ello. Mi vida es un infierno. ¡Si Jorge supiese!... Era infame, quería decírselo hoy todo. Yo trabajo como una negra. Por la mañana, limpiar y barrer y muchos días fregar el servicio del almuerzo... ¡Tenga usted compasión de mí, Sebastián, siquiera por él! ¡Pobre de mí, que no tengo á nadie en este mundo!

Y lloraba tapándose la cara.

Sebastián se mordía los labios; dos lágrimas rodaron de sus ojos y levantándose lentamente:

— ¡Por Dios, señoral ¿Por qué no me ha dicho usted eso antes?

— ¡No pude, Sebastián! Una vez estuve por decírselo... pero no pude...

— Hizo usted mal.

— Esta mañana ha querido echarla Jorge. Irritado contra ella, la ha cogido en descuidos; pero nada sospecha, Sebastián—dijo muy encarnada, desviando la vista.—A veces me reñía porque yo la defendía; pero esta mañana se disgustó y la despidió. Apenas se fué él, vino á mí como una furia, me insultó...

— ¡Santo Dios!—murmuraba Sebastián asombrado y con las manos en la cabeza.

— ¿Acaso no creerá usted, Sebastián, que soy yo la que vació la basura...?

— ¡Pero esa infame merece la muerte!—exclamó Sebastián dando con el pie en el suelo.

Dió algunos paseos por la sala con las manos en los bolsillos y los anchos hombros levantados; volvió á sentarse junto á ella y tocándola tímidamente el blanco brazo, la dijo en voz baja:

— Es necesario quitarle esas cartas...

— Pero, ¿cómo?

Sebastián rascóse la barba y la cabeza.

— Hay que quitárselas... y se le quitarán —dijo al fin.

— ¡Si lo hiciese usted, Sebastián!—dijo Luisa cogiéndole la mano.

— Se las quitaré.

Pensó un momento y con su seriedad acostumbrada, exclamó:

— Me entenderé con ella... Sería bueno que estuviese sola en la casa. Debían ustedes ir al teatro esta noche.

Se levantó, buscó el *Diario del Comercio* en la mesa y leyó los anuncios.

— Pueden ustedes ir á San Carlos que acaba más tarde... Hacen *Fausto*... Vayan ustedes á ver *Fausto*.

— Podemos ir á ver *Fausto*—repitió Luisa suspirando.

Y sentados al borde del sofá, la explicó su proyecto Sebastián en voz baja. Luisa le oía ansiosa.

Debía escribir á doña Felicidad rogándola que la acompañara al teatro... Mandar un aviso á Jorge diciéndole que iría á buscarle al *Hotel Gibraltar*. ¿Y Juana? Juana había dejado ya la casa. Bueno, entonces á las nueve estaría Juliana sola.

— ¿Ve usted como todo se arregla?—dijo sonriendo.

Era cierto, pero... ¿daría aquella mujer las cartas?

Sebastián se rascó la barba nuevamente.

— Tendrá que darlas repitió.

Luisa le miró enternecida; le parecía el honrado rostro de Sebastián de una perfecta belleza moral. Y de pie ante él con tono melancólico, dijo:

— Va usted á hacer eso por mí, Sebastián, por mí que he sido tan mala...

Sebastián se ruborizó, y contestó:

— No hay mujeres malas, señora: los hombres, los hombres son los malos.

Y luego añadió:

—Voy á buscar las localidades. Una buena fila, ¿eh? Una fila de delantera...

Sonrió para tranquilizarla. Ella se puso el sombrero y se bajó el velo llorando.

En el pasillo encontraron á la tía Juana con los brazos abiertos; besó mucho á Luisa y dijo que aquella visita era un milagro. ¡Y qué bonita hallaba á Luisa! Era la flor del barrio.

—Bueno, bueno, tía Juana — exclamó Sebastián apartándola de Luisa suavemente.

¡Qué egoísta! La había tenido más de media hora y ahora quería ella tenerla un ratito también... Debía él tener una mujercita como aquella, una muchacha honrada, una azucena...

Luisa estaba turbada y ruborosa.

¿Y el señorito Jorge? ¿Qué se había hecho? Nadie le veía... ¿Y doña Felicidad?

—Basta, basta, tía Juana — dijo con impaciencia Sebastián.

—¡Miren qué caso!... ¡Nadie le come la niña!... ¡Vayal!...

Luisa sonrió y se acordó de que no tenía con quién mandar los billetes á doña Felicidad y á Jorge al *Hotel Gibraltar*.

Sebastián la condujo al despacho para que escribiese, encargándose él de mandar los billetes. La escogió papel y mojó la pluma, más solícito y delicado con ella desde que sabía que era desgraciada. Luisa puso la carta para Jorge y como á pesar de sus tribulaciones se acordase de cierto vestido verde descotado de doña Felicidad, añadió una postdata en la carta de ella: "Lo mejor es vestirse de negro y no extremar la *toilette*. Nada de descotes ni vestidos claros."

Quando volvió á su casa, salía un mozo con el ajuar de Juana. En el corredor oyó la voz de la cocinera que desde la escalera decía amenazadora:

—¡Vuelva á insultarla y no me sale viva de las manos, so cochinal

—¡Fuera, fuera — decía Juliana — más te vale irte en medio del arroyo!

Luisa escuchó mordiéndose los labios. ¡Su casa convertida en una taberna!

—Si yo te pillo alguna vez — decía Juana bajando la escalera.

—¡A la calle, so puerca! — replicaba Juliana.

Luisa llamó á la cocinera.

—Juana — la dijo — no busque usted casa y venga por aquí pasado mañana.

Juliana arriba cantaba con estridente júbilo la *Carta adorada*.

A poco, fué á decir secamente que estaba la comida en la mesa.

Luisa no contestó. Esperó que subiese á la cocina, para entrar en el comedor y coger pan, un plato de dulce y un cuchillo y encerrarse en su cuarto, donde "comió" en el borde de la jardinera.

A las seis, un coche paró a la puerta. Fué a abrir ella misma de puntillas y halló a Sebastián animado, colorado, con el sombrero en la mano. Traía la llave del palco número 18.

—¿Y ésto?

Era un ramo de camelias rojas con cerco de violetas dobles.

—¡Oh, Sebastián!—dijo Luisa conmovida.

—¿Tiene usted carruaje?

—No.

—Yo lo mandaré. ¿A las ocho, eh?

Bajó, feliz en servirla, y ella le siguió con la mirada húmeda... Fué a la ventana para verle salir. ¡Qué hombre! pensaba; y olía las violetas, daba vueltas al ramo en las manos, sintiendo dulce placer al verse objeto de su protección y sus cuidados.

Llamaron con los nudillos a la puerta.

—¿No quiere comer la señora?—dijo la voz impaciente de Juliana.

—No.

—Más sobraré.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1925 MONTERREY, MEXICO

Doña Felicidad llegó antes de las ocho. Luisa se tranquilizó al verla con vestido negro cerrado y el aderezo de esmeraldas.

—¿Qué es ésto? ¿Qué calaverada es ésta, vamos a ver?—dijo al entrar la excelente señora?

Un capricho. Jorge comía fuera y se sintió tan sola... La entraron deseos de ir al teatro y no pudo resistir... Tenían que ir a buscar a Jorge al Hotel.

—Había acabado de comer cuando recibí tu es-  
quela. Estuve por no venir—dijo sentándose y arreglando satisfecha los pliegues de su vestido.

—¡Apretarme después de comer!... Felizmente había comido poco.

Quiso saber qué hacían aquella noche. «¿Fausto?» Bueno. ¿De qué lado era el palco? El 18. ¡Qué lástima! No verían el palco regio. ¡Y luego estaba tan lejos aquel teatro!...

Se levantó, y delante del tocador se miraba de reojo, alisaba los *bandeaux* y agitaba las pulseras, con brillante mirada.

Un carruaje paró a la puerta.

—¡El coche!—murmuró risueña.

Luisa se puso los guantes y el abrigo, y entró al-